

CUENTO N° 32

TITULO: EL DEBER CUMPLIDO

SEUDÓNIMO: BADUCIN DE ORO

AUTOR: JOSÉ ABELARDO RUIZ QUINTEROS

El deber cumplido

Hoy día sin falta, voy a decirle a la señora Leticia Montero que es imperativo y sumamente necesario, besarla de la cabeza hasta los pies, como dice el gran poeta guatemalteco Ricardo Arjona, hasta quitarle la respiración. Acariciarla sin egoísmo, porque la situación así lo amerita, hasta que el deseo suyo y mío rebase todos los niveles y explote para siempre nuestra sexualidad retenida de tanto mirarnos a la distancia, sonreírnos entre dientes y hacernos señales promiscuas a escondidas. Ya es la hora, no aguanto ni un minuto más, no señor. ¿Dónde podré hacer todo eso que sueño y deseo con tanta urgencia? No es fácil. Su marido, el señor Gilberto Morán, es el jefe del Departamento de Obras Sanitarias Domiciliarias, donde yo ejerzo el importante cargo de junior administrativo contable y ella trabaja al lado, como supervisora en la sección de Archivos Documentarios Renovables. O sea, la puedo ver todo el día y ella a mí. Mi señora, Mirna Solís, es la secretaria del subgerente de Pavimentación y Paisajismo, don Renato Miranda. Trabaja en el tercer piso y no nos vemos durante la jornada de trabajo. Tengo un plan. Aprovecharé mi labor diaria, para ir a la sección de archivos a buscar cualquier cosa y le dejaré subrepticamente en su escritorio este mensaje, 'por favor, sígame que tengo algo importante para usted. Encuéntreme en la sección 8ª, pasillo sur, nóminas ejecutadas años 1960 al 1966' con esos datos imposible perderse, además estoy seguro que despertaré su curiosidad. La señora Leticia Montero, luego de leer el mensaje y para no levantar sospechas, toma unos archivadores de su escritorio y sigue a Manuel Jorquera hasta la dirección descrita. ¿Será posible, piensa ella, que al fin Manuel se haya decidido a estrujarla entre sus brazos y besarla sin

compasión, hasta levitar entre los miles de archivadores que descansan su sueño eterno? Al llegar a la sección 8ª, pasillo sur y caminar entre las nóminas ejecutadas los años 1960 al 1966, al final del pasillo, Leticia lo ve. Manuel también lleva unos archivadores para despistar. Comienzan a caminar uno en pos del otro, las miradas desnudan sus cuerpos y los latidos del corazón les marcan los pasos al ir acercándose cada vez más. Cuando están frente a frente y sus narices intercambian respiraciones agitadas y sus labios quedan a tres milímetros de distancia, se besan. Pero están imposibilitados de abrazarse y acariciarse como quisieran pues sus manos están ocupadas con los archivadores que llevan para despistar. Se miran y como si fuera una coreografía aprendida, ambos introducen esos archivadores en un hueco que la estantería deja precisamente para eso. Ahora sí, sus manos liberadas les permiten fundirse en un abrazo que los transforma en un solo cuerpo. Y bajan y suben, desabrochan y amasan, recorren y palpan. La boca de Manuel devora la de Leticia y se emiten sonidos guturales que llenan el espacio lúgubre de la sección 8ª, pasillo sur. Y las nóminas ejecutadas los años 1960 al 1966 se regocijan de presenciar el erótico y húmedo paisaje que ambos amantes les prodigan en un incesante jadear.

En ese mismo instante, en el tercer piso, el subgerente de Pavimentación y Paisajismo, don Renato Miranda, llama a su secretaria la señora Mirna Solís y le solicita que vaya a la sección de Archivos Documentarios Renovables a rescatar la nómina perteneciente a la Cooperativa Los Sauces II, con la evidencia de la pavimentación del año 1962. Que hable con la señora Leticia Torres. Ella le entregará esa información. Muy solícita la señora Mirna Solís, escondidamente

marca el anexo del jefe del Departamento de Obras Sanitarias Domiciliarias, señor Gilberto Morán y cuando él contesta le dice, 'lo espero en la sección 7ª, pasillo sur, en dos minutos'. Don Gilberto sin contestar, asiente y cuelga. Toma su vestón y sale, avisándole a su secretaria que va y vuelve en media hora. Cuando Mirna ingresa al archivo y se acerca a la sección 7ª, pasando por el pasillo poniente, escucha algunos sonidos que le cuesta describir, pero continúa caminando. A su vez, por la entrada norte del archivo general, ingresa don Gilberto y se dirige raudo a la sección 7ª, pasillo sur, camino que se nota que conoce perfectamente. Al final del pasillo divisa el uniforme rojo de las secretarias de la empresa y se sonríe y se excita.

La pareja de la sección 8ª, de pronto y a pesar del ensimismamiento que los cubre, escuchan pasos acercándose a ellos y detienen su danza y callan. Las manos de Manuel quedaron a medio camino antes de desabrochar el sostén y las de Leticia quedan en la entrepierna de Manuel. Silencio. Alguien llega a la sección de al lado, separada solo por una estantería llena de archivadores con nóminas ejecutadas los años 1960 al 1966.

Los de la sección 7ª se funden en un abrazo y un beso esperado y jugoso. Las manos de ambos comienzan el recorrido de siempre, ya conocido, imposible equivocarse. Manos y dedos iban a los lugares específicos y largamente caminados. Acariciar espaldas, nalgas, piernas, senos, muslos, todo. Ellos no sabían que en la sección contigua habitaban ese momento Manuel y Leticia, en cambio estos, escuchaban los sonidos de sus nuevos e inesperados vecinos y mirándose con sus ojos inyectados de deseo interrumpido, se dijeron sin palabras, que debían

proseguir con lo suyo, en el silencio más absoluto. Llegar a ese momento tan ansiado, no había sido fácil, por lo tanto, continuar con su tarea era lo único importante. Y así lo hicieron. Las manos que quedaron detenidas hace un rato, prosiguieron su camino y desabrocharon, acariciaron, desnudaron. Fue tan creciente el deseo de ambos luego de la interrupción sufrida, que el objetivo último que perseguían, cual era, fundirse en un orgasmo celestial e inequívoco, retenido por tanto tiempo de indecisiones y miedos, lo llevaron a cabo en el silencio más absoluto. Solo se podía ver a Leticia sentada a horcajadas sobre Manuel, subiendo y bajando, en un vaivén acompasado y que solo al mirar sus rostros, cualquiera podría descifrar el real goce que los dos sufrían en silencio con sus bocas unidas.

En la sección 7ª, pasillo sur, Mirna y Gilberto al creer que estaban solos, rodeados por los miles de archivadores en las estanterías circundantes, se permitían un poco más de libertad expresiva. Solo la suficiente para expresar sus sentimientos y no alterar a los departamentos vecinos. Siempre en decibeles mínimos, sus quejidos y jadeos, acompañaban como nunca el ejercicio necesario para satisfacer el éxtasis por venir. Sintióse a sus anchas en su nido de amor y acelerando el galope, la nube orgásmica provocada, llegó como un huracán que arrasó con todos sus sentidos y quedaron una encima del otro, cuerpos laxos como relojes de Dalí, húmedos e insignificantes. Felices, sin culpa.

Manuel y Leticia al escuchar el sonido ronco y gutural del pasillo contiguo, que sobrevino a los segundos del suyo propio, comprendieron que debían espabilarse y salir rápido de allí si no querían ser descubiertos. Pues precisamente, no querían ser descubiertos. Subieron pantalones, bajaron faldas, acomodaron peinados, en el

más absoluto silencio pues sabían que eso les regalaría impunidad para próximos encuentros, que en sus mentes aun extraviadas por lo sucedido, ya planeaban. Salieron de allí, Leticia por la salida norte, que daba directamente a su escritorio y Manuel por la salida sur, de tal manera que nadie que los viera, pudiera sacar conclusiones erróneas respecto de sus rostros aun inundados de placer.

Por su parte, Mirna y Gilberto procedían de igual manera. Arreglaban los desarreglos que el deseo siempre en estos casos es culpable de desarreglar, y cada cual salió por la puerta por la que ingresaron. Mirna fue directamente al escritorio de Leticia y le solicitó, arreglándose un mechón rebelde que caía imprudente sobre sus ojos, la documentación perteneciente a la Cooperativa Los Sauces II, con el informe de la pavimentación del año 1962. Leticia anotó la solicitud de Mirna y mientras estiraba su vestido arrugado y aun lleno de marcas lujuriosas, le dijo que después de almuerzo estarían los documentos en su escritorio.

Llegó la hora de salida y la señora Mirna Solís secretaria del subgerente de Pavimentación y Paisajismo, pasó a buscar a su esposo al Departamento de Obras Sanitarias Domiciliarias, tres pisos más abajo, donde Manuel Jorquera ejercía la labor de junior administrativo contable. Él la esperaba muy peinado y oloroso, presto a partir a su hogar. Ella lo miró y percibió un aire de alegría extraña en su cónyuge. Una sonrisa que colgaba de sus labios y la mirada perdida en una puesta de sol que no podía existir en la ciudad llena de edificios, le daba un aire de satisfacción que no la incluía a ella. Eso no era normal, pero no preguntó, ya se le pasaría. Hicieron parar la micro, subieron y partieron a su hogar, como todos los días. Manuel se

sentó al lado de la ventana, mirando hacia afuera y recordando con renovada energía los sucesos del día. Sonrió feliz del deber cumplido.

En tanto, la señora Leticia Montero, supervisora en la sección de Archivos Documentarios Renovables, caminó hacia el escritorio de su esposo don Gilberto Morán, jefe del Departamento de Obras Sanitarias Domiciliarias, con un andar diferente al de costumbre y un aire de superioridad estampado en su rostro, que don Gilberto no supo traducir pero al que no le prestó mayor importancia. Bajaron en el ascensor al estacionamiento del segundo subterráneo, subieron a su auto y emprendieron el viaje diario de vuelta a su hogar. Leticia no pudo quitar de sus facciones, la felicidad sobrecogedora y tanto tiempo anhelada que le causaba el deber cumplido.

FIN